

Escrito por: elnuevomarquésdesade

Resumen:

Intercambio de parejas (real), ocurrido en Barquisimeto el año pasado, y transmitido por una de sus participantes al nuevo marqués de sade...

Relato:

Noche de parejas

Transcripción fiel del relato sobre la experiencia Swinger (intercambio de parejas) que el 26/10/06 hiciera Andrea Bonzo al Nuevo Marqués, de los acontecimientos que tuvieron lugar en casa de los Martínez la noche del 15/06/06.

26/10/06. 2:00 a.m. (en algún lugar al este de Barquisimeto)

Llegamos a casa de los Martínez a las ocho de la noche. La maníática puntualidad de Alberto hizo que nos presentáramos a la cita con una hora de anticipación. Aunque intenté persuadirlo de dar una vuelta por el vecindario hasta la hora acordada, insistió en hacer acto de presencia de forma inmediata.

Para nuestra sorpresa todo estaba listo. Los Martínez, Carlos y Helena, eran una hermosa pareja de profesionales recién casados que al igual que nosotros, deseaban conocer a otras personas y hacer nuevas amistades. Vivían en un vecindario muy alejado del nuestro, casi una hora en carro, en una casa no muy grande pero acogedora y equipada con todas las comodidades y la tecnología disponible.

El primero en recibirnos fue Carlos. Aunque diez años mayor que su esposa, y algo más de doce mayor que nosotros, se mantenía en forma logrando un look juvenil. Era alto y esbelto, sin resultar atlético; iba vestido de manera casual y por sus ademanes relajados y nada forzados supe, que estaba en presencia de un hombre sencillo y espontáneo. A los pocos minutos se nos unió su mujer. Helena, como la mayoría de las esposas de hombres altos era bajita, un metro sesenta a lo sumo. Pero la carencia en tamaño la compensaba con un cuerpo macizo y bien formado. Una figura refinada y esculpida con horas de trabajo de gimnasio se apreciaban por sobre sus ropas. Llevaba un sencillo vestido sin mangas que dejaba al descubierto unos brazos fuertes y unos hombros torneados.

Nos recibió como su esposo, con alegría y atención. Se notaba que ellos, al igual que nosotros, ansiaban el momento de conocernos en persona. Por mi parte la impresión no podía ser mejor. Cuando Alberto me mostró las fotos para estudiarlas me incliné por los Martínez inclusive antes de terminar de verlas todas. Parecían una

pareja normal que se niega a caer en la monotonía del matrimonio, y se arriesga con ideas nuevas y poco convencionales. La impresión que nosotros causamos en ellos—te digo Marqués—que sólo la puedo intuir, pero el grato recibimiento y las miradas escrutadoras que Carlos le daba a mi culo, me inspiraban buenos augurios.

Luego de una tímida presentación nuestros anfitriones nos hicieron pasar al recibidor. Dividida por una media pared, la sala se comunicaba con la cocina y parte del estudio. La distribución de la casa nos permitía ver a Helena preparar algunos tragos y entremeses mientras Carlos nos acomodaba en un amplio sofá que más tarde ocuparíamos los cuatro.

Debo admitir que los primeros careos fueron algo forzados. Hicimos algunas preguntas de rigor como gustos y usos; queríamos encontrar similitudes o diferencias en nuestras conductas. Hablamos de trabajo y cada quien dio un pequeño resumen de lo que hacía a diario. Carlos era ingeniero informático y tenía su propia empresa de administración de software, Alberto relató parte de su rutina como contador – auditor de una empresa dedicada a fabricar dulces y galletas; y por último, Helena y yo hablamos de la importancia de las tareas domésticas, y de los vicios comunes de nuestros esposos como: convertir la sala en un cesto de ropa sucia, comer en la cama, y pasar los domingos viendo los juegos de fútbol de toda la semana religiosamente grabados. Nuestros comentarios causaron muchas risas y rompieron con el hielo formado en torno al grupo.

Desde nuestro encuentro inicial, hubo un aspecto que de forma tácita quedó claro tanto para Helena como para mí: nuestras fortalezas se hallaban en polos opuestos. Mientras a mi me habían premiado en la repartición con un trasero grande y redondo, a Helena la diferenciaba del resto de las mortales un par de senos naturales con los cuales presumir ante la misma Pamela Anderson. El interés de Alberto en estos quedó claro desde un comienzo, y las miradas esporádicas de ocho a nueve y media pasaron a descarados exámenes de once de la noche en adelante. El creciente bulto en sus pantalones hablaba por él. Por primera vez, desde que estábamos juntos, supe que esa erección no era por mí ni para mí.

Helena, por su parte, había notado el interés que sus pechos causaban, y pidiendo que la disculpáramos fue hasta su habitación y se mudó el vestido por una franelilla. Cuando se nos unió todos pudimos reparar en el cambio. La belleza de sus senos era notoria aun por sobre la delgada tela. Inclusive a mí me hubiese gustado tocarlos. Eran grandes y redondos; blancos como leche recién sacada y llenos de pecas chiquitas y marrones. Los pezones eran pequeños y rosados, y por sobre la piel se transparentaban delgadas líneas azules. Eran hermosos y ella lo sabía.

Todos la observamos con descaro y atención unos segundos, y ella trató de restarle importancia al asunto con un ademán:

—Demasiado calor—, dijo.

A las doce, la noche apenas comenzaba y ya las dudas primarias eran agua pasada. Los tragos nos habían liberado, y los cuentos, chistes, y anécdotas subían de tono conforme transcurría el tiempo. Carlos, que hasta el momento se había mantenido bastante pasivo, comenzó a tomarme más en cuenta. Cada vez se acercaba más para hablarme, y en algunas ocasiones temí que me fuese a besar. De cerca, pude apreciar sus facciones finas y esculpidas, mezcladas con sus rasgos duros de hombre maduro. Yo me inclinaba lo suficiente como para que pudiera observar mis senos mientras me hablaba, y jugaba con la liga de mis pantaletas para soñara con lo que estas guardaban. Entre tanto, Alberto y Helena coqueteaban abiertamente. Sin yo notarlo se habían sentado algo separados de nosotros y por su lenguaje corporal se apreciaba con facilidad cuanto se deseaban. De sólo imaginármelos juntos me invadió una ola de excitación y celos. Sabía cuanto disfrutaría ella en manos de mi esposo, y lo mucho que a Alberto le gustaría comerse esas pechugas.

Al igual que hiciera Helena minutos antes, pedí permiso a Carlos para usar su baño, y con un gesto me indicó el camino a seguir. Era sencillo, partiendo del recibidor y a la derecha de la cocina, había un corredor estrecho que conducía a los cuartos principales y a un baño para las visitas. En un principio, mi idea fue la de ir sólo al baño, retocarme el maquillaje, y reunirme de nuevo con el resto del grupo en el recibidor. Pero en el camino observé que la habitación de Carlos y Helena estaba abierta, y con la luz encendida. Era obvio que ella, al cambiarse el vestido, la había dejado así. Era amplia y muy ornamentada, tenía una cama inmensa en el medio, un televisor de plasma a los pies del colchón y un closet ancho y con un sinnúmero de gavetas.

Al acercarme pude ver que todo estaba ordenado y en su sitio. Los trajes y el resto de la ropa de Carlos ocupaban el lado derecho del closet, y la ropa de Helena el izquierdo. Los vestidos y las faldas eran sus preferidos, lo deduje por el número; en segundo lugar se hallaban las blusas, todas con escotes pronunciados; y por último estaba la ropa interior. Ordenada por tamaño, color, modelo y forma, todas eran atrevidas y provocadoras. La ropa interior aburrida no tenía cabida en ese guardarropa. Y yo, que nunca había pensado en mejor forma de provocación que la desnudez misma, sentí un deseo enorme e inmediato de probarme una de esas prendas.

Escogí una dormilona transparente que exaltaba los glúteos y el pubis. Negro con encajes, dejaba poco a la imaginación y mostraba mucha piel. Justo lo que necesitaba. Me paré frente a uno de los espejos y me encantó la imagen que éste me devolvía. Las piernas se veían fuertes y gruesas, las caderas le hacían juego, y las nalgas se partían en dos, ocultando por completo la delgada liga que las atravesaba. En cuestión de senos, aunque no tenía un par como los de Helena, tampoco contaba con material para despreciar. Pequeños pero paraditos, y de una belleza sin igual, los pechitos se hacían notar en la parte superior con clase y delicadez. El conjunto en total iba a ser del agrado de Carlos, lo sabía, el cuerpiito de putica de

películas pornográficas le gustaba a todos los hombres, a diario se lo hacían saber, y esta no iba a ser la excepción. Seguro que no.

Estaba lista para unirme al grupo. Me hice una cola para que el cabello no interfiriera con los movimientos ni obstruyera la vista, dejando al descubierto el rostro y el cuello. Pero aunque me sentía preparada para una noche de acción y nuevas emociones, nada me habría prevenido para lo que estaba a punto de ver. Antes de pasar a la sala, me detuve en la columna más cercana y observé hacia donde había dejado al trío en cuestión. Para mi total asombro Alberto besaba a Helena mientras que su esposo los observaba. Pero mi atención se centró la parejita sólo unos segundos, Carlos, el esposo de Helena, se había sacado el miembro y lo masajeaba con paciencia, desde la punta hasta la base. Era inmenso, pero de verdad inmenso. Aunque todavía estaba un poco flácido se podía notar que el tamaño superaba al de mi esposo. Aunque menos grueso que el de Alberto, medía como mínimo veintiocho centímetros. Verlo y sentir como me atravesaba esa herramienta fue lo mismo. De inmediato aprecié como se calentaba mi entrepierna. Necesitaba unirme a ellos y disfrutar de la fiesta a plenitud.

Me integré al grupo al igual que lo hiciera Helena, restándole importancia al atuendo. Pero el impacto de la imagen no podía pasar por alto. Hasta Alberto, que había visto mi cuerpo durante años y en las posiciones más atrevidas se tomó unos segundos. Helena, por su parte, me miró con detenimiento. De inmediato supe lo que pensaba, ya me había sucedido con anterioridad, la mezcla de excitación y celos se podía notar en su mirada. El saber que otra mujer de igual belleza y sexualmente activa va a tomar a tu esposo para sí, con tu consentimiento, crea duda y temor, pero a la vez excita hasta lo indecible. Yo me paré un momento frente a ellos, y giré con lentitud para pudieran verme en todo mi esplendor —en ese instante estuve segura de mi cuerpo como nunca antes, me sentía bien como mujer, y mi femineidad se reflejaba en el resto de los presentes—. Al minuto, en clara respuesta, Alberto le quitó la franelilla a Helena y le extrajo los senos del sujetador. Eran hermosos. Grandes y hermosos, no hay otras palabras con lo cual definirlos. Ella volteó para yo pudiese ver la mercancía; se sonrió, giró hacia mi esposo y hundió la mano en su bragueta en un gesto que, analizándolo hoy día, resultó una especie de despedida; un ir cada una a sus asuntos. La seña no pasó desapercibida para mí. En ese preciso instante comenzó a bajar el flujo que luego inundaría todo mi sexo, los labios, el clítoris, y parte de mis piernas.

Carlos, que no quería esperar más su turno, y que se había excitado mucho al ver mi cuerpo ligeramente cubierto por la dormilona, pensó que ya era momento de ir degustando el manjar prometido. Fue así como me tomó por las caderas con fuerza, atrayéndome hacia su miembro en perfecta invitación. Esto me dejó atónita, y no supe como responder en un primer momento. Me estaba tratando como a su esclava, o su puta. La pasividad que había mostrado durante toda la noche contrastaba enormemente con esa actitud ruda y dominante. En un primer instante sentí algo de miedo, pero de inmediato intuí

que en el fondo era lo que quería y esperaba, sexo duro y para nada contemplativo. Quería que Carlos fuese mi dueño por esa noche, y que mi esposo viera como me prostituía ante sus ojos, gozando como loca con ese pene enorme.

De cerca, a escasos centímetros del miembro, pude apreciar lo grande y grueso que era. Con la exhibición se había puesto tieso como un palo, con la punta roja e hinchada de sangre. Yo lo deseaba dentro de mí. Inclusive, cuando lo tuve frente a mi rostro me impresionó saber cuanto lo deseaba. Que me atravesara con dureza por donde se le antojase era lo único que se me venía a la mente. Pero tampoco quería limitar la diversión a parte de la noche, debíamos amanecer gozando. Alberto y Helena lo habían entendido. Se acariciaban con calma, prestando atención a los detalles. Un beso primero, luego un abrazo sin la parte superior de la ropa (sintiendo el contacto de la piel), las manos recorriendo la espalda, los hombros, los brazos y el pecho. La lengua de Alberto jugando con los pezones de Helena, mordidiéndolos, chupándolos, disfrutándolos con exceso.

Entre tanto, yo comencé a acariciar el miembro de Carlos, y me acomodé de forma que ambos pudiéramos explorarnos mutuamente mientras disfrutábamos del espectáculo que nuestras respectivas parejas nos brindaban. El, por su parte, se quitó la camisa y relajó el cuerpo por completo. Yo lo ayudé, y tomando la iniciativa le dejé sin pantalones, medias y zapatos en sólo un segundo. Se arrellanó en el sofá como quien se dispone a descansar mientras ve televisión. Se acercó lo más que pudo a mí, hundiéndome debajo de su brazo.

Poco a poco los cuatro nos acoplamos a nuestras nuevas posiciones. Nosotros nos besamos, y Carlos hundió su lengua en mi boca, sin prisas; al tiempo que masajeaba mis senos, mis caderas, y mis glúteos. A ratos volteaba para donde estaba su esposa con Alberto y empujaba un poco más su mano en mi trasero, hasta que el dedo índice rozaba mis labios y mi clítoris. Ese roce me llenó de una dicha que hoy día no podría describir, ni que me viera obligada a hacerlo. El flujo había inundado todo mi vientre, mis piernas, y mi ano. El sólo sentir la mano masculina levantando la liga y abriéndose espacio entre la tela, me provocaba espasmos de corriente que recorrían todo la zona.

Yo, que no había dejado de masturbarlo, observé la erección que Carlos gustoso me obsequiaba. Un miembro grande e hinchado, listo para la acción, pensé. Supe que el momento no se podía postergar por más tiempo. Primero le di pequeños lengüetazos a la punta; luego, comencé a chupar cada vez más profundo. El de mi esposo lo podía tragar completo, y llegado a la base era capaz de sacar un poco la lengua y masajear el miembro completo con el pene atragantado hasta el fondo. Esto era muy apreciado por Alberto, y se que a Carlos también le había encantado, pero el tamaño de su herramienta ni en mis mayores sueños me lo hubiese permitido. A lo sumo llegaba a la mitad. Pero él si se había apoderado de mi cuquita y hacía llegar sus dedos hasta el fondo. Lo que había comenzado con un tímido tacto a los labios y el clítoris, se convirtió en minutos en

un autentico bombeo vaginal. Tenía la cuca caliente y húmeda. Hacía rato que quería que me lo hiciera bien duro, y él también quería probarme, pero habíamos llegado a un acuerdo tácito de goce profundo, y lo íbamos a cumplir a cabalidad. Por eso lamí y chupé un buen rato concentrada en mi tarea, mientras Carlos hacía su trabajo con los dedos. Sólo un pequeño gemido, casi imperceptible, nos sacó de nuestra concentración. Hacía rato que nos habíamos olvidado que nuestras parejas también tenían relaciones en el mismo sofá, y si bien, habíamos visto como Alberto desvestía a Helena y le lamía el ano, las piernas y el coño; y ella, sin miramientos ni penas, disfrutaba como loca, no nos percatamos, de que el momento de la penetración había llegado. El pene de Alberto era más pequeño que el de Carlos pero, como dije anteriormente, más grueso. Helena al verlo pensó que si estaba acostumbrada a manejar el de su marido, que era una tabla, fácil dominaría el de mi esposo que no tenía la misma longitud. Pero se equivocaba, y por mucho.

En ese momento recordé las primeras salidas con Alberto, y lo mucho que me había costado acostumbrarme al grosor de su pene. Aunque ya había tenido relaciones sexuales antes de acostarme con él, nunca había sido penetrada con uno tan grueso. Yo también había gemido esa primera noche, y la segunda y tercera también; inclusive algunas lagrimitas tuve que dejar correr antes de poder ver como mis labios arropaban el pene de Alberto, que gustoso entraba y salía de mi cuca una y otra vez. Por eso creí necesario echarle una mano a Helena, para que también pudiera disfrutar, en lugar de sentir dolor. Ella se encontraba en la posición de perrito sobre el sofá, con los codos descansados sobre el apoyabrazos y la cara hundida entre los senos.

Yo había fantaseado en muchas ocasiones con hacer un trío en donde mi esposo me viera besando o acariciando a otra mujer, y sabía lo mucho que a él le habría gustado eso. Pero en realidad nunca lo planeé más allá de mis sueños. Por lo menos hasta ese día. Porque desde el momento en que me separé de Carlos, para auxiliar a su esposa, supe que inevitablemente ese era mi destino.

Me paré frente a ella y con delicadeza la tomé por la cara. Aunque trató de ocultar sus sentimientos, de inmediato advertí que se hallaba al borde de las lágrimas. Con tacto separé a mi esposo a un lado, y éste entendiendo lo que me aventuraba a hacer, me dejó el campo libre para actuar. Se arrimó hacia donde estaba Carlos, y ambos tomaron asiento en primera fila para lo que ya estaban seguros pasaría.

No sé si Helena sabía lo que venía a continuación, pero si no lo sabía o no lo esperaba, se comportó con naturaleza y aplomo. Es más, con el primer beso que le di se estremeció por completo, y los vellos de todo el cuerpo se le erizaron como si le hubiese inyectado corriente en las venas. Fue un momento en que ambas experimentamos todo el placer del sexo sin ataduras ni tabúes. Ella se arrodilló en el sofá para que yo me pudiera erigir por completo, y nos dimos un beso largo y apasionado, mientras nos abrazamos con

cariño casi infantil.

El contacto suave de sus pechos contra mi piel fue exquisito. Su cuerpo hermoso y delicado se compenetró con el mío como nunca lo había sentido con ningún hombre. Luego, le besé los senos y ella jugó un rato con los míos. La acaricié por los glúteos y dejé que también explorara mis nalgas y mi sexo. Vi que se excitó mucho al ver que yo estaba mojada hasta las piernas. Hundió un dedito en mi sexo como una niña curiosa. Cuando lo extrajo estaba todo lleno de flujo, y eso le encantó, se podía ver en su expresión dulce y juguetona. Yo también rocé un poco su sexo. Primero por encima, acariciando los vellos y el clítoris con paciencia, sin apuros; luego introduje un dedo y examiné la zona alrededor buscando emociones y puntos excitables; por último, la tomé por el pecho, y separándola de mi cuerpo la invité a acostarse con la espalda apoyada en el sofá y el sexo hacia arriba listo para ser penetrado.

Con un gesto llamé a Alberto, sin utilizar palabras. No quería que el hilo se rompiera y Helena se pusiera rígida de nuevo. Le indiqué que no la penetrara de inmediato. Quería que primero introdujera un dedo y la masturbara un poco; luego, cuando el sexo estuviese más suave y relajado, agregara otro, y después otro más; por último, cuando ya la zona estuviese lista, la penetrara con calma, sin empujar. Esperando que ella misma midiera lo que estaba dispuesta a recibir en cada envío.

Y así fue. Poco a poco el miembro de mi esposo se fue haciendo espacio entre los pliegues de la cuquita dilatada y mojadita de Helena. Ella se dejó hacer, y gozó dejándose. Con pasitos de bebé, la pinga de Alberto abrió más y más el huequito hasta que el vaivén se hizo rítmico y acompasado. Una y otra, las embestidas que al principio eran suaves y calculadas, pasaron a ser rudas; donde la base del pene se unía con el vello púbico de Helena, y donde los testículos chocaban con el ano en cada empuje de cadera.

—Como gozó Helena esa noche Marqués, como gozó— dijo Andrea.

Bueno, los dejé gozando. Y yo sin tener que imaginarme cual era mi futuro inmediato, porque apenas volteé vi que Carlos me esperaba con el palo tieso y listo para probar ese chochito, que a esa hora ya estaba hirviendo. Primero le di un par de lamidas rápidas, para probarlo, luego lo restregué por mi sexo y por mi ano, y por último, me detuve ante semejante arma, apoyé las rodillas en el sofá y de espalda a Carlos fui dejando que el güevo entrara en mi huequito de a poco.

—Disfruté cada centímetro del trayecto Marqués, te lo juro que todavía lo recuerdo y me excita. Inclusive, creo que ya estoy mojada (risas)...—, dijo Andrea.

Ese día me enorgullezco de haber soportado esa situación como una campeona. De verdad que sí. Ese palo me entró hasta los testículos, sin asomar absolutamente nada fuera de mi cuca.

Inclusive, viéndolo desde un espejo que había en la sala, daba la impresión que debajo de mi sexo tenía un par de bolas y nada más. Que buen recuerdo.

Fue una noche de emociones que, estando sólo con una pareja, no se pueden llegar a sentir Marqués. Mis gemidos mezclados con los gritos de Helena, y el golpe de los testículos de Alberto y el de mis senos, creaban una atmosfera de calor y sudor provocado por el movimiento sexual que nos enviaba a un paroxismo sin igual. Cambiamos de posición varias veces durante la siguiente hora. Carlos me lo hizo como perrito, misionero, de lado, y hasta apoyada en el respaldo del sofá; y Alberto hizo lo mismo con Helena. Pero cuando teníamos algo más de una hora y media, y Carlos me tenía tomada por detrás, sin mayores preámbulos me asió por las caderas con fuerzas despegándome de su cuerpo, como si sintiese asco de mí, y jaloneándome por el brazo me condujo al pasillo que llevaba a las habitaciones.

— ¿Qué pasa cariño, le dije? —, al tiempo que miraba a mi esposo en busca de ayuda, pero nada de nada. Alberto, o estaba demasiado concentrado para socorrerme, o había decidido que cada quien viera por sus asuntos durante el encuentro. Lo cierto es que Carlos me llevaba al cuarto a la fuerza y nunca nadie me había tratado así. Eso me daba un miedo increíble, y a la vez me excitaba hasta un punto que me da pena confesarlo.

— ¿Querías güevo putica? —, me preguntó. ¿Eso era lo que querías? ¿Que tu esposito te viera como te cogían como una zorrita? ¿Ah?

Debo admitir —con vergüenza, de verdad que si se me pone la cara roja de pena con los que lean estas líneas—, que en ese momento, mientras me hablaba como ni siquiera se le habla a una prostituta, el flujo me bajaba por las piernas a chorros. Nunca había estado tan excitada en mi vida. Nunca. Todo mi cuerpo temblaba, y apenas entramos en la habitación supe que lo que venía de ahí en adelante, sería lo más intenso que había vivido hasta ese momento. Y tuve razón.

Me descuidé no más de dos o tres segundos, y eso fue suficiente para que Carlos me pegara contra una de las paredes de la habitación. Me abrió las piernas al estilo policial y, presintiendo que el acto me estaba excitando mucho, me la hundió toda por completo. Sin ninguna contemplación me bombeó con fuerza una y otra vez, al tiempo que me halaba el cabello. Todo esto sin dejar de susurrarme groserías al oído.

—Que rico ese chochito Andrea. Te gusta que te diga cositas verdad, cositas sucias. Yo sé que si, a la putica de Helena también le gusta. Es más, le encanta. Viste como gozaba, ¿Ah?, la viste. Ese cuento de que no podía con el palo de tu esposo no me lo creí ni un segundo. Si se le veía la carita de zorrita gozona esa que tiene (risas). Sabes, desde que entraste por esa puerta supe que iba a

gozarte toda, es más, de inmediato se me puso tieso el palo. Vi que te gustó que te viera el culo, y también te excitó ver como Alberto le miraba las pechugas a Helena. ¿Están de rechupete no? A mi también me gustan mucho.

Todo esto me lo decía al tiempo que su verga entraba y salía sin detenerse. Adelante y atrás, adelante y atrás; una y otra vez. Y yo, para que negarlo, gozando como loca, y sintiéndome la perrita más perrita de la cuadra (risas).

—Bueno Marqués, pero como la noche no es eterna, y ésta ya se acercaba a su fin—. Carlos, cambiando su actitud por la del perfecto caballero-amante, me invitó a que nos acostáramos en su cama matrimonial, que se hallaba solo a dos pasos. Yo gustosa y obediente le acompañé hasta allá, donde él se acostó boca arriba con el güevo como un asta, y yo me le monté encima con mi senos apoyados sobre su pecho. Después de que mi sexo se tragó el miembro por completo, comencé a cabalgarlo con paso rítmico, y restregando el clítoris contra la base del pene, a modo de crear fricción. Así estaba, ya a punto de alcanzar el clímax, cuando percibí una sombra que se me acercaba por la retaguardia. Sin pararme a analizarlo, porque no había necesidad de hacerlo, esperé lo que venía a continuación. La presencia de Helena frente a mí lo confirmaba, iba a ser doblemente penetrada. Alberto se paró sobre el colchón y Carlos detuvo el movimiento para facilitarle la operación. Con paciencia y poniendo mucho cuidado en el asunto, fue deslizándolo el pene dentro de mi ano; sin vaivenes ni movimientos bruscos. Yo, por mi parte, sentí como que un autobús me pasaba por debajo. Carlos, que no había sacado ni movido su miembro, comenzó a subirlo y bajarlo suavemente, y Alberto lo imitó. Nunca en mi vida sexual había sido tomada por ambas partes. La membrana que escasamente divide el ano de la vagina, deja que tanto de un lado como de otro se sienta el bombeo, y dispara un sinnúmero de emociones que si las mujeres que leen estas páginas no lo han probado, no existe forma de que yo se los pueda explicar.

Así estuvimos cerca de cinco minutos, sin cambiar de posición, hasta que sentí que el ritmo se intensificaba y ambos penes se sacudían con mayor rudeza contra mi cuerpo. Ya el culo me dolía, y el chochito también, pero la necesidad de acabar la noche a lo grande me impulsaba a más, dejando mis sentimientos de mujer floja a un lado. Cerré los ojos y me concentré en el ritmo que ellos llevaban, y los imité lo mejor que pude. No habrían pasado dos minutos, cuando Alberto sacó su miembro de mi ano y se dirigió hasta donde Helena se había sentado a contemplarnos, y le bañó todos los senos con su semen, y ella, impresionada con el cumplido, gozó el momento como loca. Yo me vine solo con el güevo de Carlos, que los pocos minutos se corrió. Él, como no quería quedar detrás de Alberto, me llenó toda la cara con su leche, e inclusive, me animó a que probara un poco con mi lengua. Y así lo hice.

Al final, nos acostamos un rato los cuatro. Estábamos agotados pero felices. Felices de probar algo que muchas parejas quieren, y hasta

fantasean con ello, pero que muy pocas llegan a hacer realidad. Nosotros lo hicimos, y nos gustó mucho. Después que tomamos aire, y comenzamos a comentar lo que cada quien había hecho, me enteré que lo que me había pasado al final había sido premeditado por mis compañeros de cama (risas). En el momento en que me ausente para ir al baño, Carlos y Helena, junto a mi esposo, se pusieron de acuerdo para obsequiarme esos minutos finales tan placenteros, con la condición de que lo hiciéramos de nuevo, y que la siguiente vez dejara ganar a Helena (muchas risas).

Esta es nuestra historia. Se la cuento al Marqués, para que la trasmita a todas las parejas que no han hecho su sueño realidad, para que vean lo que se siente, y lo sabroso que es. Dejen los miedos, y las dudas, y gocen de la vida y hagan del matrimonio un lugar de libertad y amor pleno, en lugar de una cárcel.

Les quiere, su amiga, Andrea Bonzo...

P.D.: De verdad que no creo que después de haber leído ese relato no tengan la ropa interior bien mojada. Bueno, si les gustó el relato escríbanme por esta misma vía. Si, por el contrario, les desagradó, también me gustaría que me lo contaran (en realidad lo agradecería más aún). Y, por último, si tienen alguna historia que quieran compartir conmigo, por favor envíenmela por éste correo. Los aprecio mucho, y disfruten del sexo con pasión.

El nuevo Marqués...